

## *La simetría no es perfecta*

**León Trotsky**

**24 de marzo de 1916**

(Versión al castellano desde “La symétrie n’est pas parfait”, en L. Trotsky, *La guerre et la révolution*, Tomo Primero, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 125-127; publicado por primera vez en *Nache Slovo*, 24 de marzo de 1916, después en las *Obras* de Trotsky, Ediciones del Estado, Moscú-Leningrado, 1922)

Nuestra época produce una masa de héroes: no hay más que ver las citaciones a la orden del regimiento, del ejército, etc. Ante tal cantidad de héroes (¡y sin embargo hay tan pocos valientes!) miramos al ámbito de la política y, más sencillamente, nos preguntamos qué pasa por la cabeza de estas personas o ante sus ojos. Por esta razón, el diputado Accambray merece simpatía. Tiene su pequeña idea y se atreve a presentarla a pesar de los gritos oficiales y el repiqueteo patriótico de los escritorios de la mayoría parlamentaria.

El *Journal de Genève*, a disposición de la diplomacia aliada, se conmovió, siguiendo a toda la prensa francesa, por las declaraciones de Accambray, pero imprudentemente lo ha comparado con Liebknecht, a quien los periodistas franceses “cubren de elogios”, como todo el mundo sabe. No se puede negar una cierta simetría, pero Accambray no es Liebknecht. El primero es radical-socialista, por lo tanto, un demócrata burgués y un exfuncionario. Su horizonte es singularmente limitado. Accambray no cruza la línea de la crítica a las insuficiencias materiales y técnicas. No pudo librarse de la retórica hueca de las fórmulas oficiales relativas a las promesas de acción conjunta de los aliados. Su limitada visión política es honesta, pero en esta atmósfera de perjurio, perfidia y autocomplacencia irresponsable, la honestidad deja paso a la clarividencia. Repudiado por todo su grupo parlamentario, Accambray vota, en solitario, contra los créditos exigidos por un poder al que no concede su confianza. Por el contrario, cree en el alto mando; su único criterio para juzgar a un hombre de guerra es el éxito. El control supremo de las operaciones militares, el reparto de las fuerzas y los medios militares debe estar en manos del gobierno, “expresión de la voluntad del pueblo”, a través del ministro de la guerra. Esta no es la opinión de Accambray. La zona de guerra a la que está subordinado el resto del país se ha convertido en un reino independiente. Alrededor del estado mayor se ha formado un gobierno más numeroso que el de Briand. Y nuestro diputado concluye: un alto mando incontrolado, por debajo un ministerio igualmente incontrolado, y por debajo un parlamento liberado del control de la opinión pública por la censura. ¡He ahí las instituciones verdaderamente republicanas! ¿Cómo hemos llegado a esta situación? ¿Cuál es la salida? Accambray no nos lo dice. ¡No es un Liebknecht! Carece de método político y de crítica histórica; sólo es un republicano patriótico llevado a la desesperación. Como no tenemos ninguna razón para proteger a Briand de las críticas del citado diputado, debemos decir que la situación tiene causas mucho más profundas que la voluntad de un grupo de abogados en el poder. La política mundial requiere un conjunto de alianzas, planes de guerra y combinaciones diplomáticas ocultas cuya responsabilidad no pueden confiar las clases “realmente dirigentes” a un parlamento de mentalidad pequeñoburguesa. La guerra sólo reforzó el estado de cosas ya existente: la independencia del poder respecto a la asamblea. Esta última sólo puede sacar de sí misma más que gobiernos igualmente independientes que continuarán el “jueguecito” a costa del pueblo. Cuando Ribot, ministro de finanzas, pronunció una frase enigmática pero en absoluto fortuita: “se entrevé el final de la guerra”, hablaba desde las

alturas desde las que, más o menos tarde, el final de la guerra sorprenderá al pueblo soberano como lo sorprendió el inicio de las hostilidades.

Por sus métodos y objetivos, el imperialismo es incompatible con la república. Pero esto no significa que la Francia republicana sea hostil al imperialismo: *el imperialismo roba a la democracia su propia sustancia, haciéndola servir a sus fines*. De ello se deduce que el gobierno es completamente independiente del parlamento.

Pero el asunto no termina ahí. El militarismo resulta ser el arma del militarismo. Si el ejército actual tiene un carácter popular (que abarca a todas las clases) en el sentido de que atrae a las mejores fuerzas de la nación, el mecanismo del militarismo debe suplantar al del parlamentarismo y al gobierno que ha surgido de él.

En Alemania, este hecho queda enmascarado por la cohesión de la casta de los junkers. En la Francia republicana, los ministros, que dominan olímpicamente un parlamento impotente en la política mundial, son profanos en cuanto entran en contacto con la esfera militar.

Tras haber liquidado a Millerand, que se escondía detrás del alto mando, y haber invitado a Gallieni a ocupar el puesto de ministro de la guerra, Briand abrigaba la esperanza de enriquecer su equipo con un elemento procedente directamente de los arsenales del militarismo. Las palabras de Accambray, y lo que ya sabíamos sin él, atestiguan el éxito de Gallieni al concentrar el control final de las operaciones en manos del ministro de la guerra. La “salida” de Accambray coincide significativamente con el retiro del general. Fue sustituido por otro general llegado del frente, un hombre llamado Roques, cuya personalidad impedía “cualquier sorteo” con el alto mando. Roques era el amigo más joven de Joffre y, según los periódicos, mantenía una relación íntima con él. La desesperación patriótica de Accambray no podía más que crecer ante la constatación de la lógica ciega de las cosas, sobre la que sus críticas rebotaban con tanta fuerza como sobre las frentes de la mayoría parlamentaria. Habría encontrado su único consuelo en la imagen de la acumulación automática de crisis internas más allá de los Vosgos. Accambray no es Liebknecht, (como ya se ha dicho), sobre todo porque este último cumple con éxito el papel de la cuña afilada que se clava cada vez más en el organismo de la unidad nacional. Al mismo tiempo que Gallieni, se retiró Tirpitz, quien buscaba la ampliación del conflicto mediante la extensión de la guerra submarina.

Los dos casos no son similares y la simetría no es perfecta. Pero bastaría para sacar de su desesperación a Accambray con que pudiera observar los acontecimientos desde un punto más alto que su escaño parlamentario.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)